

Nos cambia a nosotros

Vivir la fe tiene una innegable dosis de dificultad. No es magia que resuelve automáticamente nuestros problemas. Más bien, no cambia nada exterior, sino que nos cambia a nosotros. Nuestra actitud, nuestra entrega, nuestra manera de ser. El propio Jesús se enfrenta en su vida con ese misterio perverso. Le persiguen por ser bueno, por curar, por dar esperanza... Su actitud ha molestado a algunos que se tienen por santos. Ha alterado la paz del templo por poner antes el interés de muchos pobres y sufridos, pecadores y desgraciados.

Él afronta su propio destino de dolor. El Padre no lo evita. Ahora no habrá milagro que lo libre, ni actuación de su poder. Y, sin embargo, él lo sentirá cercano a su lado. “Abba” decide acompañarle hasta la cruz. En Cristo, en su pasión, se nos revela el Dios compasivo, que sufre a nuestro lado. Él es el Dios con nosotros, ahora lo entendemos bien. Elige hacerse humano con todas sus consecuencias.

Lectura del libro del profeta Isaías (Is 50, 4-17)

El Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo; para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los discípulos.

El Señor Dios me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes ni salivazos.

El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.

Para Víctor Chacón, de la comunidad del Perpetuo Socorro de Zaragoza, Pedro es un santo cotidiano:

Tenía doce años cuando conocí a Pedro, “Don Pedro” como le llamábamos todos: un hombre grande y con barba, que era nuestro profesor de inglés, de arte y de religión. De origen cubano y artista de vocación, Pedro es un hombre peculiar. Su presencia y su sabiduría marcaban. Es de esas personas con las que se puede conversar durante horas sin aburrirte. Habla al igual que enseñaba: lleno de pasión. Su manera de tratar a los alumnos era sorprendente. Descubría talentos y cualidades en nosotros donde otros profesores no veían nada.

Pero, si algo define a Pedro, es su fe. Es un hombre creyente. Le apasiona hablar de la fe, se siente amado por Dios y no lo oculta. El pincel y los óleos son uno de los lenguajes con los que quiso expresar esa belleza que sentía dentro. Catequista inolvidable para aquellos que tuvimos la dicha de aprender de él. Su vida, nada fácil, es testimonio de una esperanza que supera toda dificultad: ser exiliado de su país, su propia enfermedad de corazón y de cáncer y otras batallas familiares. Mirándole a él no me cabe duda de que “el justo vivirá por la fe” (Hb 10, 38). Conocer a personas así, como Pedro, sólo puede ser un inmenso regalo de Dios.



Oración

En esta tarde, Cristo del Calvario,
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero, al verte, mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.
¿Cómo quejarme de mis pies cansados,
cuando veo los tuyos destrozados?
¿Cómo mostrarte mis manos vacías,
cuando las tuyas están llenas de heridas?
¿Cómo explicarte a ti mi soledad,
cuando en la cruz alzado y solo estás?
¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando tienes rasgado el corazón?
Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mí todas mis dolencias.
El ímpetu del ruego que traía
se me ahoga en la boca pedigüeña.
Y sólo pido no pedirte nada,
estar aquí, junto a tu imagen muerta,
ir aprendiendo que el dolor es sólo
la llave santa de tu santa puerta.
Amén.

Gabriela Mistral

